

Jueves, 29 de marzo del 2001

TODAS LAS PERSONAS QUE HAN VIAJADO POR EL BIERZO SABEN QUE ES UN VALLE ENCANTADO, UN LUGAR DIFERENTE, UNA TIERRA FÉRTIL Y BELLA QUE ACOGE AL VIAJERO

Elogio del Bierzo

José Sánchez Pedrosa

Los que hemos viajado por el Bierzo sabemos que aquél es un valle encantado, un lugar diferente, una tierra fértil y bella que acoge al viajero y lo encandila para siempre. Esta esquina occidental de León, a la que, como decía el P. Flórez en su *España Sagrada*, siempre se llega bajando, ha adquirido, a pesar de su reducida extensión, una repercusión literaria que se acrecienta Raúl Guerra Garrido de año en año. En este curso la cosecha ha sido excelente: Raúl Guerra Garrido y -hace nada- Antonio Pereira han colocado dos magníficos volúmenes más en esa bibliote.ca berciana que todo amigo de esta comarca guarda en la memoria. No es esta una mala excusa para realizar una breve excursión por la geografía y la historia de las letras bercianas.

Letras que conformaron ya escritos en latín. Porque si rebuscamos en la historia literaria del Bierzo, descubrimos que hay que remontarse, para comenzar, nada menos que a Plinio el Viejo y a su *Naturalis Historia*, escrita alrededor del año 70. En ella describe el historiador romano la técnica minera del *Ruina Montium*, consistente, en un primer momento, en represar grandes cantidades de agua en la parte superior del yacimiento, Después se horadaba la montaña en cuestión, construyendo galerías por toda su estructura interior. Finalmente, se dejaba salir el agua, que se canalizaba por las galerías y en su avalancha iba debilitando a la montaña hasta provocar su derrumbamiento. Plinio estaba describiendo uno de los paisajes más impresionantes de todo el Bierzo: Las Médulas, que con su tierra rojiza y lo que queda del monte después de su ruina constituye un escenario natural que, como hoy lo sigue haciendo, excitaría la imaginación romántica de la mayor gloria literaria de estas tierras.

En efecto, una de las escenas mejor ambientadas de Gil y Carrasco es aquella de *El señor de Bembibre* en la que las cuevas y acantilados de las Médulas se ven multiplicados en sombras por las hogueras encendidas del ejército del Conde de Lemos, Don Enrique Gil y Carrasco nació en Villafranca del Bierzo en 1815 y en sus escasos treinta años de romántica vida tuvo tiempo para escribir la que está considerada como mejor novela histórica del Romanticismo español. *El señor de Bembibre* es, más allá de su ambientación histórica y de su argumento sentimental, un homenaje al Bierzo (salvo a su pueblo de nacimiento, que no es mencionado ni una sola vez, quizás por ciertas acusaciones de desfalco que allí le hicieron a su padre). Para preparar la redacción de su principal obra, Gil y Carrasco realizó un viaje por tierras leonesas que dio lugar a una obra importante, *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, publicada como folletín en *El Sol* en 1843, Se trata de un interesante libro de viajes, rico en enseñanzas históricas y arqueológicas y pródigo en comentarios originales sobre lugares que el autor conocía bien.

Antes de escribir *El señor de Bembibre*, Gil y Carrasco había escrito otra novela histórica, *El lago de Carucedo*, cuya tercera parte también se desarrolla en el Bierzo. En ella se trata de la leyenda a que da lugar la formación de ese lago que, en realidad, es una más de las obras romanas de la región, pues se formó a partir de la sedimentación de los materiales extraídos de las Médulas. La novela es bastante endeble y con razón fue olvidada por la crítica. En cambio, no ocurrió lo mismo con *El señor de Bembibre*, obra que funda la tradición literaria del Bierzo. En ella se narra la historia sentimental de los amores imposibles de don Álvaro -el señor de Bembibre- y doña Beatriz, hija del Señor de Arganza, quien promete a su hija contra su voluntad con el indigno Conde de Lemos. Es una anécdota inspirada en *Los amantes de Teruel*, situada en la Edad Media, en la época en la que los caballeros del Temple comenzaron a ser perseguidos. Gil y Carrasco tenía la presencia evidente del castillo templario de Ponferrada y sobre él hizo girar la trama histórica que acompaña al argumento amoroso de la obra. La orden del Temple, creada al socaire del ímpetu cruzado en Tierra Santa; acabó cayendo en desgracia y Gil Y Carrasco documenta con rigor histórico este episodio. Pero, más allá de las virtudes dramáticas del desarrollo novelesco y del tono lírico y melancólico que preside el devenir de la obra, es ya un tópico destacar las dotes que como paisajista adornaban al escritor. En la novela se recorre infatigablemente toda la geografía berciana, de las Médulas a Cornatel, de Bembibre a Villabuena. El sentimiento del paisaje da lugar a maravillosas descripciones de la naturaleza y la arquitectura del Bierzo. En ninguna obra de nuestro Romanticismo encontramos un talento semejante para la recreación lírica del paisaje. Merece la pena adentrarse en esta vieja novela. Gil y Carrasco le dejó en

herencia a todos los escritores bercianos el gusto por el paisaje que caracteriza a la mayoría. Del mismo pueblo que don Enrique es uno de ellos, que se dio a conocer al gran público en 1985. En esa fecha ganó un joven Juan Carlos Mestre el premio Adonais con una obra que era, sobre todo, un homenaje a su origen. *Antífona de otoño en el valle del Bierzo* es un denso libro de un poeta que tiene un mundo propio:

Desde la ausencia y la melancolía, el yo poético reconstruye en la memoria la tierra abandonada. El poemario es una celebración ritual, una consagración del humus en el que se enraíza la vida del poeta. Contra lo que pudiera parecer, la ambientación otoñal no es de filiación simbolista. El otoño es elegido por Mestre para revelar el rostro de la naturaleza berciana.

El Bierzo de Mestre comprende también su historia. Una de las secciones del libro se ocupa, por ejemplo, de María de Toledo, de Beatriz de Castro, aristocráticas damas medievales bercianas, y el poeta se mezcla con ellas a través de su familia. El círculo se cierra y el poeta se identifica también con la historia del Bierzo. La obra se completa con el largo poema en endecasílabos que cierra el libro y en el que se recogen todos sus temas: Villafranca. La vieja ciudad es el centro de la nostalgia del poeta.

Uno de los lugares más literarios del Bierzo es el Valle del Silencio, así llamado por ser lugar de retiro de eremitas y monjes. La llamada Tebaida leonesa no deja indiferente a quien la visita y, por ejemplo, Mestre no duda en dedicarle unos versos. Otro poeta leonés, exquisitamente sensible a las bellezas del paisaje, Antonio Colinas, consagró a Peñalba y su valle un magnífico poema. *En Noche más allá de la noche* (poema XXXII), evoca una senda "allá en una umbría del Valle del Silencio". Es la senda espiritual del místico, del necesitado de absoluto, que vence el dolor gracias al paisaje, al aislamiento, al silencio "protegido por una lejanía de lobos".

Hace ya años, Raúl Guerra Garrido publicó un pequeño volumen en el que narraba una adolescencia feliz en el Bierzo. *Viaje a una provincia del interior* se llamaba, con título prestado de Gil y Carrasco. Porque tan importante era el relato iniciático del verano de un adolescente, como el entorno berciano en el que se desarrollaba. Guerra Garrido tomaba prestados pasajes del *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* para ilustrar la narración de las excursiones de esas vacaciones. De modo que, al igual que ante don Enrique, vuelven a aparecer ante los ojos del artista adolescente las Médulas, la Guiana -el pico más alto del Bierzo-, Ponferrada... Aunque si Mestre o Pereira se ocupan de Villafranca, si Ponferrada aparece ya en *El Señor de Bembibre*, la otra esquina del triángulo tenía que completarse con Cacabelos.

Guerra Garrido lleva muchos años viviendo en San Sebastián y seguramente por eso sabe que la patria es un territorio imaginario y de libre elección. En Cacabelos, pues,

se sitúa un libro que, publicado hace pocos meses, no ha tenido la repercusión crítica que su calidad exige. *El otoño siempre hiere* es un libro de rara intensidad. Con ocasión de la muerte de un familiar, el autor viaja en coche hasta Villafranca, instala su cuartel general en su Parador, y desde allí se acerca a su pueblo, a Cacabelos. El narrador mezcla el presente, la memoria y la ficción en un extraño libro a caballo entre el relato de viajes, lo autobiográfico, la novela y la meditación filosófica. Porque lo que se dirime aquí es el paso del tiempo. El otoño de Guerra Garrido no es el de J. C. Mestre. El novelista se siente cansado, su resignada consciencia siente la cercanía del final. Es un libro que habría que leer a continuación de *Viaje a una provincia del interior* para multiplicar sus ecos, para reconocer, tras la lectura de uno y de otro, la cara y cruz de la aventura vital. El otoño siempre hiere es, repito, un empeño mayor, la obra de un autor herido, sí, pero que con la experiencia de sus años ha adquirido un saber narrativo y un dominio estilístico muy por encima del ramplón rasero estético actual.

De villafranquino a villafranquino, Antonio Pereira dedica su último libro a Juan Carlos Mestre. Pereira tiene a sus espaldas toda una vida literaria pródiga en cuentos, poemarios y artículos. Ahora, a sus ochenta años, no podía dejar de estampar su firma en uno de los volúmenes que, bajo el nombre de Libros de la Candamia, Edilesa está dedicando a recoger los recuerdos de los escritores leoneses más importantes. Y asombra comprobar el nomenclátor de ingenios de una sola provincia: Antonio Colinas, Juan Pedro Aparicio, Julio Llamazares, José María Merino, Luis Mateo Díez... y ahora Antonio Pereira.

Su libro lo ha titulado *Cuentos de la Cábila*. Así se llama el barrio menos aristocrático de Villafranca, aquella parte de la ciudad que está separada de su zona más noble por el río Va1cárcel. Allí nació en 1923 Antonio Pereira y allí sitúa estos 31 relatos de infancia y adolescencia. Son pequeñas piezas que disfrutan del habitual interés sentimental de la autobiografía, pero 'que mantienen el rigor constructivo característico del cuento.

En *Cuentos de la Cábila*, con un tono preferentemente irónico que, en algunas y bien traídas ocasiones, cede a la evocación nostálgica, Antonio Pereira retrata la formación de un carácter, pero también -y es lo que el lector más agradece- los vaivenes de una época ya desaparecida. Todo el viejo mundo provinciano de feriantes, bailes en la plaza

del pueblo, viajes a la capital para pasar la reválida, procesiones y pequeñas rivalidades es recreado con intensidad y sabiduría narrativa. Porque Pereira se vale de las concentradas técnicas del cuento para contarnos la iniciación del niño que fue en la literatura, el amor, la política o la religión, pero se sirve de su vida para contar la vida de todos los de su generación que se reconocerán sin dudar en muchos de estos cuentos.

Cuentos de la Cábila es algo más que esto. Es un homenaje y una guía histórica de la segunda población del Bierzo. Pereira ofrece unas vividas instantáneas con diferentes reflexiones.

Sea como fuere, estos libros son hijos de un valle que ha sabido infundir a sus habitantes la sensibilidad suficiente como para que le devolvieran en forma de obras de arte la belleza que ellos contemplaron desde la niñez.